

- la Universidad de Montevideo, *Tiempo de Historia*, Asunción, pp. 343-359.
- HAMED Amir, 1996, *Troya blanda*, Editorial Fin de Siglo, Montevideo.
- HIERRO LÓPEZ Luis, 1995, *Vigencia del pensamiento garibaldino*, "Garibaldi", n. 10, pp. 63-76.
- MIGDAL Alicia, 1992, *Imágenes simbólicas y realidades históricas*, en Hugo ACHUGAR, Gerardo CAETANO (eds.), *¿Identidad uruguaya: mito, crisis o afirmación?*, Trilce, Montevideo, pp. 23-31.
- NOVELLO Carlos, 2010, *Garibaldi. ¿Luchador ideológico? ¿Filibustero? ¿Mercenario? ¿Héroe?*, <http://garibaldi-montevideo-carlosnovello.com/2010/08/> (consultado 11/07/2011).
- . 2011, *25 años de actividad teniendo como norte la libertad*, <http://garibaldi-montevideo-carlosnovello.com/2011/01/asociacion-cultural-garibaldina-de-montevideo/> (consultado 08/07/2011).
- PEREDA Setembrino, 1976, *Los italianos en la Nueva Troya*, "Boletín Histórico del Ejército", n. 171-174, pp. 65-324.
- ROSSI MASELLA Blas, 1983, *Mito e imagen de Garibaldi en Uruguay: Primum Re Italia in uruguayana terra fuit*, Biblioteca Istituto ItaloLatinoamericano, Roma.
- ROSSIELLO Leonardo, 2003, *Aimarte*, SIC, Bucaramanga (Colombia).

EL INFORME. SAN MARTÍN Y EL OTRO CRUCE DE LOS ANDES: EL POLICLIMÁTICO LIBERTADOR DE MARTÍN KOHAN

EMILIA PÉRASSI

Universidad de los Estudios Milán

Para abrir el discurso...

Publicada en 1997 por la Editorial Sudamericana, la novela *El Informe. San Martín y el otro cruce de los Andes* del escritor porteño Martín Kohan (clase 1967) es una muestra bien razonada, y por eso explícita, del diálogo entre literatura e historia tal como se define en el discurso sobre *metahistory* conceptualizado por Hayden White (1992 [1973]). Quien declara esta fuente —más que metodológica, epistemológica— es el mismo Kohan, cuya novela se instala con quieto rigor en el fundamento básico del pensamiento del filósofo estadounidense: «Considero la obra histórica como lo que más visiblemente es: una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa [...]. Yo creo que en ese nivel el historiador realiza un acto esencialmente poético» (KOHAN M. 2005: 266)¹.

La asimilación de la homología entre relato histórico y relato literario se da en Kohan con toda la naturalidad de un precepto que la conciencia narrativa contemporánea ha interiorizado bien, y es por eso que no produce ni escándalos de la razón discursiva ni deseos de ulteriores problematizaciones teóricas. Lo que más bien

¹ La cita remite a WHITE Hayden (1992 [1973]: 9-10).

se advierte como necesaria es la práctica eufórica y lúdica de narraciones capaces de disfrutar y aprovechar del proclamado colapso de las fronteras entre literatura e historia. Es por eso, creo, que en el ensayo publicado en 2005, *Narrar a San Martín* –con el cual concluye el largo itinerario de estudios sobre las representaciones del prócer en la historiografía nacional iniciado a la hora de redactar su tesis doctoral–, Kohan no le dedicará a White la introducción didáctica y explicativa que usualmente se da en este tipo de trabajos, sino una simple nota, escueta y definitiva, sí bien erudita y amplia (KOHAN M. 2005: 266-270). Aparentemente marginalizada en el paratexto, la metahistoria de White (y la mención de algunos de los teóricos que desarrollan o anticipan el concepto: Barthes, Lukács, de Certeau etc.) adquiere en realidad toda la evidencia de los datos asumidos, que sólo merecen una sintética evocación: su parquedad no desvaloriza sino que, al contrario, certifica su sólida centralidad en el archivo conceptual de cuantos trabajan hoy con el lenguaje. Lo que determina el plan ideológico del *Informe* es, más bien, la exhibición de, y el juego gozoso con, las múltiples posibilidades hermenéuticas que proporcionan la subjetividad y ficcionalidad de todo discurso. Este juego y exhibición transcurren por el trámite de los dos personajes esenciales, si no exclusivos, de la novela: los historiadores Mauricio Miguel Alfano y el doctor Luis Ernesto Vincenzi², actores y autores de una guerra de textos, versiones, visiones historiográficas, prohibiciones y desafíos, una guerra de la independencia –por cierto– pero en primer lugar de la independencia de la escritura literaria, al fin de que se le reconozca el derecho de ser lo que es, o sea presencia problematizadora de cualquier otro discurso.

La articulada textura de la novela, sus agudas vacilaciones, los argumentos metahistóricos manejados con ironía y doctrina, los

² Alicia Chibán propone la lectura de la confrontación entre Alfano y Vincenzi como tematización del debate entablado, desde 1881, entre Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre, quien sentará las bases de la historiografía sanmartiniana (CHIBÁN A. 2003: 874-879).

trabajados estilemas que juegan con el culto sanmartiniano convirtiendo al prócer en puro tropo, la construcción semiseria de un laberinto de palabras como elemento fundador de todo discurso de fundación, me instigan a compartir el comentario de Alicia Chibán sobre *El Informe*:

Allí no solo el historiar mismo se plantea como una gesta, en su difícil trance de partir de sucesos distantes y desaparecidos para reordenarlos y re-significarlos en un discurso más o menos confiable sino que el intercambio/enfrentamiento de Alfano y Vincenzi puede leerse también como un “combate” solapado, que remite a las constantes discusiones de cómo escribir la historia (CHIBÁN A. 2005: 1079).

¿Maipo o Maipú?

De la atmósfera cultural apenas mencionada, sale una novela muy barroca en su arquitectura estilística y en su perímetro estructural, pero sin ambigüedad en su sentido último, ya que apunta a dar cuerpo y práctica narrativa a la herramienta semiológica y culturalista de su autor (que además es profesor de teoría literaria en la UBA).

La novela se estructura en dos niveles mayores y un nivel intermedio (las cartas de Vincenzi) que sirve de conexión y cruce para los otros dos. Me detendré especialmente en el primer nivel³, cuyo

³ El segundo nivel se desenlaza en 1995, en Buenos Aires, y su eje es la vida cotidiana de Alfano, un hombre cualquiera, aficionado de historia patria, al que el doctor Vincenzi, residente en Mendoza, le encarga la búsqueda en las abundantes bibliotecas porteñas de documentos y noticias inéditas que le ayuden a redactar la importante y definitiva historia de su ciudad. Esta parte de la novela se centra pues en la cotidianidad de Alfano, quien ‘pasea’ su soledad de viudo por Buenos Aires, alimentando su obsesión por ensuciarse los zapatos con “porquerías de perro”, materia y símbolo que repercute su sentido en

escenario temporal tiene su eje en la batalla de Maipú y en unos episodios consecuentes. Estamos, pues, entre 1818 y 1819. Este lapso de tiempo vertebra los párrafos del informe que el «humilde historiador» (KOHAN M. 1997: 12) Mauricio Miguel Alfano le va enviando por entregas al doctor Vincenzi, historiador a su vez, además de mendocino «de dignísima condición», (KOHAN M. 1997: 12). Se relata, de forma prolija y redundante, la historia de los soldados realistas del heroico batallón de Burgos, vencido en Chacabuco y Maipú por los patriotas y llevado –según lo que escribe Alfano– en feliz cautiverio a Mendoza. Para abordar los malabarismos de su entramado, puede ser útil aprovechar ciertos indicios diseminados por el mismo escritor. En una entrevista, Kohan explica que tanto al escribir su *Informe* como en su tesis doctoral su intención había sido la de «revisar los mitos de la tradición argen-

la representación de la capital y de la relación del personaje con ella: algo que se percibe como asqueroso está en espera del caminante a cada esquina. Un hecho cambia repentinamente esta penosa normalidad: Alfano asiste al asesinato de un joven delante de una oficina de correos. Lo absurdo es que otro testigo lo reconoce como autor del crimen y él termina preso, sin recordar precisamente lo que ha pasado. Mientras que, en su celda, Alfano intenta reconstruir los hechos, confiando en un error, recibe la visita del doctor Vincenzi, el cual se entera de que su informante no había recibido nunca sus cartas. El historiador había viajado a la Capital con la intención de denunciar a Alfano por la falsedad de sus informes (según la rectificación del licenciado Barroso, su nuevo y más confiable colaborador, la conspiración de los españoles no había ocurrido en Mendoza sino en San Luis), pero al descubrir la verdad tiene que modificar sus planes. El misterio se aclara gracias a una segunda visita: la de Lili, secretaria del doctor Vincenzi, que –inconforme con los reproches de su jefe a Alfano– se había apasionado tanto con la lectura del informe que se le había olvidado enviar las cartas. El epílogo es un *happy end*: la muchacha, que a través de la lectura de las entregas se había enamorado del autor de las mismas, se casa con Alfano, mientras que Vincenzi, que es también abogado, asume la defensa de Alfano y consigue sacarle de la cárcel, gracias al testimonio de algunos testigos convocados por el mismo abogado, los cuales certificarán que el día del crimen en la oficina de correos Alfano se encontraba en Mendoza. Una vez concluida y editada la *Historia de Mendoza*, el nombre de Alfano encabeza la lista de los agradecimientos del autor.

tina, siempre tratando de ir a contramano de los dispositivos de la identidad nacional» (KOHAN M. 2008: 174), si bien siguiendo caminos distintos. Al comentar su ficción, el autor señala que se trata de «una novela que parodia totalmente los ritos de la veneración patria. [...] Lo que me interesa es, en definitiva, la relación entre narración, épica, heroísmo e identidad nacional. Ahí, donde la épica garantiza la heroicidad y ésta sostiene una maquinaria de identidad nacional, me atrae instalar una anti-épica» (KOHAN M. 2008: 173, 175).

Después de haber facilitado al lector el marco de referencia ideológica, el autor lo provoca haciéndole entrever un blanco hipotextual hacia el cual apuntar para tratar de desarmar *El Informe*, novela que bien corresponde a la definición de Carlos Pacheco de «ficción metahistórica» (PACHECO C. 2000: 270-271)⁴. El guiño consiste en mencionar su fuente, pero sin ayudar al interlocutor a navegar en su vastedad: «la novela de San Martín salió toda entera de una página y media de la *Historia de San Martín* de Mitre» (KOHAN M. 2008: 174-175). Es de suponer que «la página y media» a la que Kohan se refiere se encuentra en el capítulo XXI –dedicado a la conspiración de San Luis– del tomo II de la *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, y precisamente en las páginas 349-350 (por lo menos en la edición de

⁴ Mencionando a R. Piglia, E. B. Núñez, C. Fuentes, A. Rivera, L. Antillano, L. López Nieves, A. T. Torres, A. Roa Bastos, A. Pizarro o T. Eloy Martínez, Carlos Pacheco define como metahistóricas aquellas novelas hispanoamericanas que, especialmente desde los 80, se estructuran alrededor de «la presencia entre los personajes ficcionales de un historiador (o de alguien que ejerce sus funciones rememoradoras) [...] para exhibir, ponderar y poner en tela de juicio no sólo ciertas manifestaciones canónicas, oficiales, de la historiografía, sino una serie de otras operaciones culturales (desde la memoria oral y local o el reportaje de investigación hasta la autobiografía, desde la pesquisa detectivesca hasta el epistolario y el diario íntimo) que coinciden, aun siendo tan dispares, en la difícil o imposible tarea de aprehender cabalmente el pasado, de escuchar las voces de sus numerosos fantasmas, de descifrar algunos de sus vestigios, de reescribir nuevas, aunque siempre incompletas e insatisfactorias, versiones de lo ocurrido».

Lajouane), donde Mitre se detiene en el "cautiverio feliz" de los prisioneros españoles (MITRE M. 1890 [1887]: 349-350). La novela, desde luego, explota muchos otros pasos de la *Historia* (pienso, por ejemplo, en el capítulo XVIII sobre Maipú). Se realiza así un evidente diálogo intertextual, cuyo propósito es resignificar los objetivos políticos de la fuente (sobre todo su ecumenismo) y fagocitar ciertas demoras ficcionales que se captan en Mitre, trabajando su retórica desde adentro.

De hecho, la elaboración del párrafo originario produce un texto de 248 páginas, que elige el registro de la parodia para fisurar el hypotexto, haciendo estallar su potencial poético. El terco detallismo de Mitre se transforma en el sonriente voyeurismo del pos-historiador ficticio (Alfano), quien a lo largo del informe esparce sus perlas de sabiduría escritural, aplicándolas al pie de la letra, tal como ésta: «los grande hechos de la vida pública [...] se entrelazan indisociablemente con la aparente minucia de la vida cotidiana [...]. Incompleta sería la historia que narrara lo uno sin narrar lo otro, no sería un relato sino un relato a medias, trunco como relato, talado como narración» (KOHAN M. 1997: 111). O también: «los historiadores [...], en honor de la verdad, que es nuestra diosa, debemos discernir, diferenciar, particularizar» (KOHAN M. 1997: 127).

La capacidad de integrar lo público con lo privado, lo secreto con lo oficial, lo lateral con lo principal, califican la mirada del informante, que es la de un escritor *tout court*: el lapso que se instala entre el relato y los acontecimientos alimenta la metáfora de la floración (el relato) que sucede a la tala (los acontecimientos). Lo que se puede contar, a partir de aquí, es justamente «el otro cruce de los Andes» (KOHAN M. 1997: 28), en cuanto aventura de la narración y triunfo de una ficción no orientadora, como había sido la de Mitre, sino des-orientadora. Un detalle emblemático y fantasmático que delata este cambio de perspectiva otra vez se debe a una maniática costumbre de Alfano: cada vez que en su informe menciona el nombre del campo de la batalla fundacional, mantiene la oscilación entre «Maipo o Maipú», o sea entre la versión autóctona y la hispanizada del topónimo, lo que indigna a Vincenzi, que

le insta a elegir una sola de las dos variantes. En la nota relativa a la cuestión, Mitre discute con amplitud el problema de las oscilaciones entre Maipo, Maipú o Maypo. Opta por Maipú, «porque si no la historia se convertiría en un tratado de etimologías [...] ininteligible» (MITRE M. 1890 [1887]: 185). El historiador completa su pensamiento con una sugerencia: «Tratándose de un hecho en que la gloria es común de los dos pueblos, ambos debieran uniformar su nomenclatura histórica» (MITRE M. 1890 [1887]: 185). El ecumenismo de Mitre, que ha llegado a infiltrarse hasta en una pequeña nota al pie de la página (la notoria periferia del texto), cede el paso a la obstinación del nuevo narrador, que decide no optar. Al contrario, elige colocarse en el escenario fundacional a través de la ambivalencia y de la incertidumbre, rompiendo el pacto identitario con las mitologías nacionales y rechazando sus arbitrios. Su versión definitiva es, pues, la de «Maipo o Maipú».

Olvidable parecer de un humilde historiador

Como es lógico después de estas premisas, la escritura del informe maneja algunos recursos básicos, que apuntan a trascender el «relato a medias», o sea, evidentemente, el relato a lo Mitre: la proliferación de las anécdotas, el tono y el estilo hiperbólico, el detenimiento hasta la *delectatio morosa* en los más nimios detalles de la narración, con una técnica de cámara lenta tan prolija y minuciosa que su principal efecto es la reducción —hasta su abolición— de la distancia entre la mirada del narrador y los acontecimientos. Esta proximidad se vuelve intimidad, y esta intimidad testimonio. Un testimonio a veces contradictorio, sin duda polisémico, siempre empático con respecto de los personajes, en relación constante y contrastiva con el relato perentorio del autor de la *Historia*. La voluntad del narrador se revela desde el principio a través de las digresiones autoreflexivas y metahistorizantes que salpican el informe y delatan su poética, avalándola y parodiándola al mismo tiempo, de manera que sus axiomas no resulten dogmáticos:

[...] la mirada histórica, le decía, doctor Vincenzi, debe ser capaz de ampliarse hasta abarcar las hazañas más altas, los más extremos actos de heroísmo, pero debe ser capaz también, doctor Vincenzi, tolere usted el tono didáctico que involuntariamente imprimo a mis olvidables pareceres, de angostarse, de ajustarse, de concentrarse, de enfocar, digamos filigranadamente, esos momentos acaso triviales, o sumergidos en penumbras, que contienen igualmente, empero al menos una parte de aquello que la historia afanosamente persigue; esto es: la verdad de lo que ha ocurrido, y también, de ser posible, su más profunda y auténtica significación (KOHAN M. 1997: 28).

Al considerar la construcción narrativa de la mirada de Alfano, se me ocurre pensar en algunas posibles referencias que funcionan de modelos para los objetivos técnicos del personaje. La primera referencia remite a Benjamin, cuando en su célebre ensayo (BENJAMIN W. 2011 [1936]: 14-16) define el carácter básico del narrador originario, o épico, que consistía en poseer ese "sentido práctico" gracias al cual se volvía necesario y atractivo, ya que vehiculaba consejos, experiencia, sabiduría (y Alfano, frente al poderío del canon historiográfico representado por Vincenzi, que es máscara evidente de Mitre, exhibe una juiciosa cordura: la cordura de un "gracioso" postmoderno, lleno de sapiencia con respecto de la vida tal como la entiende un texto que se dedica a narrativizar metahistoria, o sea como semiosis ilimitada e infinita). La segunda referencia concierne a White, cuando asevera que el acto de escribir la historia sobrentiende atribuirle una significación a los acontecimientos. Es justamente esta búsqueda de significación lo que hace del historiador un poeta y del poeta un historiador, esto es: sujetos que, aunque con métodos distintos, hipotizan, deducen, conectan, imaginan (WHITE H. 1992 [1987]). Y Alfano, alentador y sabio narrador de inspiración benjaminiana, le escribe a Vincenzi: «el buen historiador narra y verifica, sí, pero también *deduce*» (KOHAN M. 1997: 31, cursiva mía). Desarrollando de manera coherente esta premisa, el informante elaborará una escritura plagada de alusiones

a menudo muy borgesianas, que se vuelven especialmente evidentes, por ejemplo, en algunos verbos sintomáticos del informe: conjeturar, deducir, hipotizar, postular, imaginar.

Al construir y motivar su propio estilo, naturalizando la enciclopedia en la experiencia directa del relato, el narrador logra dominar la severidad normativa de Vincenzi, quien reincide en una actuación imperativa fundada en la reiteración de órdenes, mandamientos y dogmas cuya transgresión implica castigo: «Punto número seis —leemos en la carta de Vincenzi a Alfano fechada el 14 de julio de 1995—. Su evidente decisión de desconocer mi intimación a ahorrarse adjetivos, lo hace pasible de otra clase de medidas punitivas...» (KOHAN M. 1997: 100). Si el canon abogado por Vincenzi implica el establecimiento estricto de las fronteras entre lo legal y lo ilegal (con todos sus anexos semánticos), centrándose en el conflicto, al contrario la visión de la historia que se manifiesta a través de Alfano promociona el triunfo (pero un triunfo cortés) del sujeto: un sujeto que echa su mirada a la historia desde la literatura, ya que elige el lenguaje, su propio lenguaje, como instrumento definitivo y definitorio del "yo". Sus comentarios, digresiones, contradicciones y dudas, parecen amplificar de manera paroxística la que Collingwood, citado por White, define «"the constructive imagination", which tells the historian —as it tells the competent detective— what "must have been the case" given the available evidence and the formal properties it displayed to the consciousness capable of fitting the right question to it» (WHITE H. 2002[1978]: 194). Y en contradanza erudita, Alfano recordará a Vincenzi «la sagacidad detectivesca que es propia del historiador» (KOHAN M. 1997: 184).

The right question: si para quien quiera relatar la historia el objetivo es ponerse la "pregunta correcta", la de Alfano es sin duda la misma cuestión que rige el discurso narrativo y teórico de Ricardo Piglia, estudiado, citado, homenajeado por Kohan en múltiples ocasiones: ¿cómo escribir los hechos reales? Alfano tiene "su" respuesta, una respuesta articulada, donde se sintetizan los temas básicos de la ficción metahistórica tal como se la cultiva

desde los 80: trabajar en –y con– las fisuras, los intersticios, los no-dichos de las memorias oficiales, convencido de que la escritura es un inacabable ejercicio de mediación entre la representación y la verdad. A través de este ejercicio, el sujeto articula su réplica creadora a la contracreación impuesta por los códigos, los cánones, los dogmas: «[...] aun cuando la mía es una conjetura –escribe Alfano–, me atrevo a conferirle el signo indeleble de la verdad cierta» (KOHAN M. 1997: 90).

Un desliz

Para tejer el diálogo problematizador entre representación y verdad, la novela no sólo propone un narrador en cuya voz repercuten las proposiciones de la enciclopedia contemporánea sobre ficción y mimesis, sino que convoca a otra voz en su escena –la voz antagonista de Vincenzi– para procesar el tema del monologismo, del autoritarismo y de la tradición, al fin de provocar el cuestionamiento de los orígenes de la identidad nacional. La presencia de esta monolítica otredad, entregada a la negación, a la desautorización de la subjetividad creadora, estimula por contraste la imaginífica, paradójica y paródica retórica de la escritura de Alfano, sin dejar de trabar una relación con ella, al principio conflictiva, al final mediadora. Puede ser interesante tratar de explorar ciertos mecanismo de esta relación, cuyos orígenes extratextuales remontan a la «página y media» (KOHAN M. 2008: 174-175) de Mitre que ha sido el punto de partida de la novela. Resulta sugeridor, por ejemplo, observar la desmedida proliferación (en la novela) de las pocas líneas que Mitre –al relatar la conspiración de San Luis– le dedica a un episodio sin mayor trascendencia si no fuera por la implicación final de San Martín. Y por si fuera poco, se trata de un episodio no documentado ni documentable. Después de haber descrito la llegada de los prisioneros realistas a Mendoza, escribe Mitre:

Los prisioneros vivían resignados, y aun felices según confesión propia, en medio de suculentos banquetes, bailes, amoríos y tertulia de juego [...] cuando llegó a San Luis, confinado como ellos, pero por otras causas, el doctor Bernardo Monteagudo. Ordóñez, Primo de Rivera y Monteagudo se ligaron por una fría pero cortés relación, y juntamente con un sobrino de Ordóñez, de edad de diez y siete años, llamado Juan Ruiz Ordóñez, empezaron a frecuentar una casa de familia atraídos por tres bellas jóvenes, hermanas del alférez de milicias de San Luis, Pedro Pascual Pringles, que llegará á ser famoso como guerrero. Según la tradición, una de las hermanas encendió una ardiente pasión en Monteagudo a la vez que en Ordóñez ó en su joven sobrino (que era el destinado á poseerla), despertándose en ellos la rivalidad política y amorosa. (MITRE M. 1890 [18]: 350, cursiva mía).

La novela parece de hecho fagocitar el desliz del “ilustrísimo historiador” cuando menciona un episodio que se conoce «según la tradición» (dicho de otra manera, por indefinidas fuentes orales), con lo cual se provoca una fisura que pone en tela de juicio una manera de escribir la historia: «cercana a los documentos –apunta Devoto con respecto de Mitre y de su función modélica–, acumulativa, interesada sobre todo en las fuentes públicas, argumentativa desde los acontecimientos y no desde las filosofías generales» (DEVOTO F.J. 2005: 66). Una manera intencionada, además, a erigirse como «la más fuerte defensa de la excepcionalidad argentina y del destino manifiesto de la nueva nación» (DEVOTO F.J. 2005: 67). Por su trabajo de investigación, reflexión y creación sobre las representaciones fundacionales de San Martín⁵, yo creo que Kohan debe de haberse dado cuenta de esta fisura, ya que su narrador privilegiado (Alfano) se coloca justamente en el intersticio abierto por la escritura de Mitre, elaborándolo hasta sus últimas conse-

⁵ Señalaré en la bibliografía conclusiva algunos títulos de Kohan sobre San Martín.

cuencias, lo cual patentiza la inutilidad/imposibilidad de jerarquizar el relato histórico y el relato literario. La semilla que Mitre había sembrado en el campo de su capítulo XXI, prolifera en *El Informe* hasta transformarlo en una historia de amor, donde la proporción entre grandes hazañas y vivencias menores se invierte de manera radical, naturalmente en pro de estas últimas y específicamente en favor de Lucía y de Juan Ruiz. Su microhistoria decentraría en el texto la centralidad usual de la macrohistoria, reservando al prócer, a San Martín, un lugar importante en el relato, ya que le corresponde, en calidad de "solitario y final", la tarea de cerrar el informe⁶.

La legitimación y la simultánea desautorización del relato histórico de Mitre como relato superior y fidedigno se da en la novela por medio de la ironía, ya que este tono provoca —como argüía Wladimir Jankelevitch (1982 [1936])— la caída de las totalidades que oprimen. En efecto, tanto Mitre como Kohan utilizan la pasión entre Juan Ruiz y Lucía Pringles con un mismo objetivo aparente, o sea el de señalar la actuación de San Martín y de individualizar su sentido emblemático. El pretexto, para ambos autores, es una circunstancia específica, en la que culmina —con romántica coherencia— la sublime pureza de los dos enamorados: el prócer no dará la orden de fusilar al joven y único soldado realista que sobrevive a la masacre de San Luis (Alfano la sitúa en Mendoza, reivindicando con socarronería el derecho de tomarse una «licencia poética»). El general, pues, como buen padre, le salvará la vida a Juan Ruiz, cumpliendo así con su función simbólica esencial: dar la vida (al joven, al futuro ciudadano, a la nación, al continente). Sin embargo, la significación que en Mitre tenía el gesto del prócer (convalidar una visión ecuménica de los orígenes de la nación), en Kohan se convierte en "puro cuento", cuya posible verdad se encuentra sólo en el lenguaje que la produce y en el punto de vista

⁶ Respecto de la estrategia de desplazamiento del héroe, véase CHIBAN A. (2005).

del narrador. De aquí que lo que en Mitre había sido camino de perfección y de divinización del prócer, en Kohan se vuelve indagación, desvelamiento y manejo de los tropos (en este caso la hipérbolo) que concurren a conformar a los héroes, a la heroicidad, a la épica fundacional.

Nuestro policlimático Libertador

En cuanto divino, o sea Padre (de la Patria), el San Martín de Kohan se instala en la lógica tropológica de los héroes, una lógica específica y adecuada para definir el "más allá" desde el cual ellos actúan. A la largo de casi toda nuestra vasta novela, el prócer aparece, en efecto, como puro signo hiperbólico, nunca actuando, pero sí dejándose enunciar lingüísticamente. Un abundante listado de «construcciones adjetivas mitificadoras» (CHIBAN A. 2005: 1079), algunas de las cuales llegan a asumir la forma de versículos litúrgicos, acompañan la ausencia, o mejor la fantasmática presencia del general en la obra. Elijo algunas: «nuestro ínclito Libertador, su broncíneo perfil se yergue, ecuestre, en la plaza San Martín» (28); «nuestro supremo Libertador, pura fue su alma como blanco fue su corcel» (32); «nuestro proverbial Libertador» (34); «nuestro ínclito Libertador» (38); «nuestro Libertador, aquel a lo lejos veía» (39); «nuestro sin igual Libertador» (40); «nuestro perpetuo Libertador» (40); «nuestro incomparable Libertador» (45); «nuestro benemérito Libertador, más grande que la catedral de Buenos Aires fue su corazón, aunque la catedral a su vez, y paradójicamente, lo contiene» (46); «nuestro colosal Libertador, medio mundo la libertad le debe» (78); «nuestro galante Libertador, como caballero hemos de mentarlo» (79); «nuestro santo Libertador» (106); «nuestro sin igual Libertador, paladín de la guerra como del modesto renunciamiento» (106); «nuestro alto y luminoso Libertador» (148); «nuestro justísimo Libertador, quien nunca derramó sangre de hermanos» (148); «nuestro policlimático libertador» (157); «nuestro venerable Libertador» (225)... Bien corresponde a la configura-

ción retórica de San Martín en *El Informe*, el análisis de Chaim Perelman y Lucia Olbrechts Tyteca (2001 [1958]: 348) sobre la hipérbole en cuanto figura de “lo que sobra”, ya que no hay ningún orden ni estructura que pueda explicarlo. La hipérbole proporcionaría una manera para expresarse “a todo trance”, “de todas formas”, puesto que la esencia resulta inalcanzable. La hipérbole, precisan los neoretóricos de Lieja (GRUPPO MI 1991 [1970]: 203-207), radica en un silencio, en el vacío de lo que no se puede o no se consigue decir: por eso la figura llega a crear intencionalmente una nueva significación, reparando al *défaut* de la “lengua” a través del “habla”, enmendando un error (como vacío) conceptual gracias a la ayuda del lenguaje.

Si se toman estas pocas indicaciones para orientar la lectura del estiloma que rige el tratamiento narrativo de San Martín, creo que se le puede interpretar como recurso que juega, señala, trasciende el vacío discursivo en donde se hunde la cadena de las representaciones del prócer en la tradición historiográfica argentina. La multiplicación y sucesión en el tiempo de estas representaciones –cada una retomando la anterior para refutarla o modificarla– permite al autor de *Narrar a San Martín* de inferir su falta de raíces compartidas (una falta originaria que con toda evidencia afecta el proceso de construcción de la identidad nacional); las múltiples ideologías que las determinaron y que siguen determinándola; la distancia insalvable entre la historia y su significación (una significación que está en desarrollo inagotable). El tono hiperbólico utilizado por el autor del *Informe* surge a partir de este exceso y excedencia de imágenes, que por un lado desautorizan los fundadores, y por el otro autorizan la búsqueda de nuevas filiaciones. La novela, pues, descoloca los acontecimientos del ámbito de la historia (que se ha revelado ficción, al fin) al de la retórica y pone en el centro de su escena el ‘verdadero’ acontecimiento: la conciencia adquirida de que el personaje es el lenguaje.

Informe & Inconforme

Con respecto de la hibridación genérica que la novela trabaja sobre todo a lo largo de lo que hemos definido su primer nivel anecdótico, Damián Merlo (2004) hace hincapié en la doble lectura a la cual puede someterse el vocablo “informe”: por un lado, «noticia o instrucción que se da de un suceso o negocio» (MERLO D. 2004: 3) y por el otro, «si pensamos en el “informe” como adjetivo sería algo como “que no tiene forma, figura o perfección que le corresponde”» (MERLO D. 2004). De hecho la “informidad” se mete en el texto tanto a través de su agotadora oscilación entre relación histórica y novela de amor, entre biografía y autobiografía, entre metahistoria y metaliteratura, como a través de la consciente imperfección de la escritura y método de Alfano. Al desobedecer al canon historiográfico fijado por los items prohibitivos de Vincenzi, dicha escritura y método juntan términos contradictorios: por un lado la repetida exhortación a la verdad («la fría objetividad de este informe») (KOHAN M. 1997: 12), por el otro la reivindicación de la irreductible supremacía del sujeto al acto de escribir: «le ruego me permita usted deslizar –puntualiza Alfano– este aporte subjetivo en el marco de un informe como el presente» (KOHAN M. 1997: 12). Sin embargo, lo que suena a contradicción desde la perspectiva del «saber científico» donde, en opinión de Vincenzi, «la historia y la ficción nunca deben mezclarse» (KOHAN M. 1997: 68), deja de serlo al defender la novela el espacio poético en cuanto símbolo y síntoma de espacio democrático determinado por la ambivalencia y la inclusión. Los temas del valor del aporte subjetivo y del papel de la imaginación como instrumento empático y cognoscitivo vuelven en las palabras del informante sobre “cómo escribir los hechos reales”, es decir: historia. Escribe Alfano:

Debemos situarnos, doctor Vincenzi, desde luego por obra y arte de la imaginación, en las circunstancias en las que aquellos hombres se encontraban, para poder así comprender cabalmente

el sentido de sus respuestas, de sus pensamientos secretos y manifiestos, de sus temores. Somos historiadores, doctor Vincenzi (usted, a decir verdad es el historiador; yo ¿qué decir?, apenas un modesto informante) y debemos por lo tanto sumergirnos en los pretéritos tiempos para experimentar aquellos hechos del pasado de la misma manera en que experimentamos los que nos tocan hoy, en nuestro tiempo presente, vivir (KOHAN M. 1997: 76).

El "humilde" historiador, pues, de manera coherente con la percepción de su propia perifericidad, se automarginaliza y se coloca en los bordes de la severa y reglamentada «jurisdicción histórica» (KOHAN M. 1997: 100) defendida por Vincenzi. Desde esta periferia, o umbral si se quiere, lanza sus textos inconformes en cuanto "informes", y encara (ya que Vincenzi quiere denunciarle por fraude) el conflicto entre la legalidad o la ilegalidad de lo que está legitimado/autorizado a hacerse recuerdo, relato, memoria (colectiva, ya que se está tratando de historia patria). La segunda carta que Vincenzi le envía a Alfano, fechada el 9 de junio de 1995, establece sin vacilar las fronteras entre lo que se debe y lo que no se debe recordar. En opinión del canónico doctor, «todo aquello que no merezca ser recordado ha de quedar fuera de los libros de historia» (KOHAN M. 1997: 68), manda con imperiosa autoridad: «Mencione sólo los acontecimientos centrales y profundos. Omita el resto» (KOHAN M. 1997: 68).

Si las palabras de Vincenzi están marcadas por los signos del autoritarismo, del pensamiento único y del monologismo, las de Alfano articulan la vertiente opuesta —la del dialogismo, de la empatía, de la multiplicación de las miradas, cuya proliferación ilimitada (porque no limitable) desactiva, de por sí, los mecanismos de control de realidades y verdades.

Sin embargo, la mirada del narrador (Alfano), en la cual evidentemente se proyecta la del autor, desmitifica sin envilecer. Su amor por la escritura y el arte de la narración (un amor que ena-

mora, como se ve por el desenlace del segundo nivel)⁷, le permite evitar el conflicto entre relato literario y relato histórico, ya que sugiere la necesidad de mediar entre las dos formas de escribir, respetando ambas. Con este respecto, el epílogo de la novela es emblemático, puesto que aquí el conflicto entre Alfano y Vincenzi se soluciona con un *happy end* donde la comprensión de las razones del otro triunfa sobre su negación. El ecumenismo de Mitre abandona el ambiente de su originaria y ficticia aplicación (la fundación mítica de la identidad nacional) y se transborda hacia una práctica más concreta y contemporánea: la del diálogo entre diferentes saberes. Se trata de un diálogo solidario y en contra de los falsos testimonios, ya que Vincenzi terminará defendiendo Alfano de un proceso absurdamente injusto, emblema del vínculo entre violencia y nación. Una violencia insinuada, pero no explicitada, por Mitre al escribir que la matanza de San Luis fue «una sangrienta tragedia [...] que debía tener una estruendosa repercusión en toda la América exacerbando los odios entre independentistas y realistas [...]», después de la cual «la guerra á muerte recrudesció» (MITRE M. 1890[1887]: 348, 357). En *El Informe* ese episodio del tiempo pasado repercute en el tiempo presente, aludido a través de la cotidianidad de Alfano, donde resurgen los signos de aquella originaria violencia para rememorar la contigüidad entre esa «guerra á muerte» y la guerra sucia.

Bibliografía

- BENJAMIN Walter, 2011 [1936], *Il narratore. Considerazioni sull'opera di Nicolaj Leskov*, Einaudi, Torino.
CHIBÁN Alicia, 2003, *Vivir y escribir la historia: El informe. San Martín y el otro cruce de los Andes de Martín Kohan*, en *La literatura ibero-*

⁷ Véase *supra*, nota 3.

- americana en el 2000. *Balances, perspectivas y prospectivas*, Universidad de Salamanca, Salamanca, pp. 874-879.
- . 2005, *San Martín: el héroe en la ficción*, "Revista Iberoamericana", LXXI, n. 213, octubre-diciembre, pp. 1067-1082.
- DEVOTO Fernando J., 2005, *Relatos históricos, pedagogías cívicas e identidad nacional*, en Margarita GUTMAN (ed.), *Construir Bicentenarios: Argentina*, Buenos Aires, Gedisa, pp. 65-78.
- DI CÍO Marina, SCHMUKLER Enrique, 2008, *Entrevista a Martín Kohan*, "Letral", n. 1, pp. 170-177.
- GRUPPO MI, 1991 [1970], *Retorica generale. Le figure della comunicazione*, Bompiani, Milano.
- JANKELEVITC Wladimir, 1982 [1936], *La ironía*, Taurus, Madrid.
- KOHAN Martín, 1997, *El informe*, Sudamericana, Buenos Aires.
- . Martín, 1998, *Muero contento*, en *Cuentos de historia argentina*, Buenos Aires, Alfaguara, pp. 111-120.
- . 2000, *De héroe militar a santo de la espada. La consagración histórica de José de San Martín*, "Todo es historia", n. 397, suplemento educativo n. 8, pp. 74-85.
- . 2003, *El enigma de Guayaquil: el secreto de la Argentina*, "Variaciones Borges", n. 16.
- . 2005 (a), *Narrar a San Martín*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires.
- . 2005b, *La humanización de San Martín: notas sobre un malentendido*, "Revista Iberoamericana", n. 213, octubre-diciembre 2005, pp. 1083-1096.
- MERLO Damián, *Risa y terror en las desarticulaciones de la memoria*, freewebs.com/celehis/actas2004/ponencias/46/3_Merlo.doc (consultado 09/07/2011).
- MITRE Manuel, 1890 [1887], *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, Félix Lajouane Editor, Buenos Aires.
- PACHECO Carlos, 2000, *Historiadores de papel: la metahistoria en la reciente ficción hispanoamericana*, en Rodrigo CÁNOVAS, Roberto HOZVEN (eds.), *Crisis, apocalipsis y utopías*, XXXIII Congreso Internacional de Literatura Hispanoamericana, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, pp. 270-276.
- PERELMAN Chaïm, OLBRECHTS-TYTECA Lucia, 2001 [1958], *Trattato dell'argomentazione. La nuova retorica*, Einaudi, Torino.
- WHITE Hayden 1992 [1973], *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México.

- . 1992 [1987], *El contenido y la forma. Narrativa discurso y narración histórica*, Paidós Básica, Barcelona.
- . 2002 [1978], *The Historical Text as Literary Artifact*, en Brian Richardson (ed.), *Narrative dynamics: essays on time, plot, closure, and frames*, The Ohio State University, Columbus, pp. 191-211.